

El descenso al inframundo de *Inquieta compañía*,

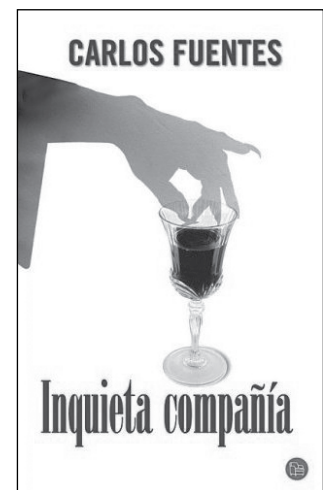
de Carlos Fuentes

Adriana Herrera

LA COLECCIÓN DE RELATOS de *Inquieta compañía* de Carlos Fuentes ofrece un descenso al mundo subterráneo de los señores de la muerte, donde, como en el clásico mesoamericano, *el Popol Vuh*, en cada paso se juega el alma. Pero a diferencia del viaje de los gemelos que se enfrentan con los señores de Xilbalbá –referencia que se suma al culto mexicano al dios-calavera, Tezcatiploca– toda desembocadura lleva a la condenación y la luz se va extinguiendo hasta la oscuridad total, historia a historia.

La lectura de *Inquieta compañía* evoca también las líneas de Kobayashi Issa: “Nunca lo olvides/ caminamos por encima del infierno/ contemplando las flores”. Regresan en sus páginas el jardín y la casa, los dos espacios-metáforas a través de los que Fuentes penetra en los círculos concéntricos del miasma tensados como hilos de una estructura narrativa que succiona miedos, obsesiones, tentáculos de la locura, ataduras de condenación eterna y produce una sensación aún más espeluznante que el grito de horror: el silencio de quienes se resignan a ser vencidos por demonios y otros seres *del espectro más tenebroso de la noche*.

Los jardines de Fuentes son, desde *Aura*, tan exuberantes como ponzoñosos. Configuran el espacio de una alquimia: la de la bruja que se transforma en una mujer de enloquecedora belleza, no obstante su poder de seducción depende del regreso intermitente, circular, del amado que la hace vivir. El precio que paga no es exiguo: debe consentir una y otra vez el extravío de la razón para traspasar el tiempo y diluir toda diferencia entre





Fragmento del Vaso de los 7 dioses
(Naranjo, RI Petén, Guatemala)

la vida y la muerte. Sólo así la posee y sostiene la existencia de su cuerpo que es, a un tiempo, el del relato que nos sujeta a su embrujo.

La fascinación por los amantes que trasgreden con su pasión todos los límites está en la mayor parte de los relatos de *Inquieta compañía*, pero el eros no es, como suele ser, una afirmación de la vida: es una carcajada de la muerte que al despojar de su apariencia de esplendor el encuentro de los cuerpos, revela, con una impotencia infinita, la soberanía de la ley que nos condena a la nada.

Los relatos son un viaje osado hasta las regiones más tenebrosas de la psique humana (las imágenes de la abyección que llega a dibujar parecen agotar los límites del horror) y un intento de rebelión ante el poder de las potencias malignas —parientes de la muerte— en el que, a diferencia del *Popol Vuh*, donde los protagonistas la sobrepasan, los personajes son vencidos sin excepción. Todos están muertos y en el jardín que es también asociado al sexo de la mujer (como promesa de vida y lugar de apertura que precipita las potencias de lo incontrolable y es el magma de una confusión aliada de la muerte) sólo hay flores

infernales. “...La maraña salvaje de su pelambre corta, agazapada como una pantera, indomable como un murciélago, que me obliga a huir hacia adentro, penetrarla para salvarme de ella, perderme en ella para ocultar con mi propio vello la selva salvaje que crece entre las piernas de Asunción, ascendiendo por el monte de Venus y luego como una hiedra por el vientre...”.

Pese a la intensidad con que los cuerpos parecen encontrarse, ni un ápice de amor o de ternura se cuela en los relatos. La dulce, ardiente esposa de uno de los personajes, entrega su hija a lo demoníaco y se burla de lo que parecieron años de felicidad y pasión conyugal, para asegurar la inmortalidad.

La alquimia de todos los seres se alcanza en este texto de Fuentes, al deponer toda lealtad (la esposa traiciona al devoto marido, el jefe al empleado, el benefactor a quien promete solicitud, la hija a la madre, el amante a la amada) en aras de obtener la promesa de la inmortalidad y alcanzar, en el caleidoscopio del poder que rige todos los vínculos, la carta de triunfo que inexorablemente tiene como sello la calavera. La casa es una imagen donde lo subterráneo de cada per-

sonaje termina tomando posesión de todo el espacio. Es aquí donde siempre hace entrada el horror, de un modo abrupto, en cada relato, de tal forma que, como se advierte claramente en *La gata de mi madre*, *Calixta Brand* o *La Bella Durmiente*, irrumpe con la naturalidad con que se manifiesta lo que siempre estuvo ahí.

El mismo Fuentes da la clave de lectura en *Vlad*, su magistral versión de Drácula, al describir la predilección del conde por los cuadros fantasmagóricos de Henry Füssli: “Especialista en descripción de pesadillas, distorsiones y el matrimonio del sexo y del horror, la mujer y el miedo...”. No hay en el perfecto universo literario que crea esperanza alguna para el ser humano. A fin de cuentas, el dios que puede imaginar está inacabado —las niñas diabólicas, vampiras, también inacabadas, son asociadas a lo más perfecto— y esta divinidad es “un ser nocturno y misterioso que no acaba de manifestarse o de entenderse a sí mismo y por eso nos necesita”. “Vivimos —según el narrador— para que Dios no muera”.

Las descripciones contienen un pavor latente que poco a poco se va acrecentando hasta trasladar al

lector al terreno incontenible de una irracionalidad donde todo está regido por lo perverso. La excepcional pericia narrativa de Fuentes se reafirma en su capacidad de tornar amenazante y tenebroso lo que en principio se nos revelaba como un espacio más de lo ordinario. Lo extraordinario emerge con el carácter de una pesadilla no tanto porque proviene de seres amenazantes, como porque uno a uno, cada personaje hallará que los monstruosos habitantes de las pesadillas son, como en los sueños, la clave de su propia historia, y todas las casas infernales la imagen más profunda de la propia realidad.

No se trata sólo del descubrimiento de que se es un fantasma; sino de abrir la puerta hacia los propios barrancos del mal. No hay salvación posible en ninguna de estas narraciones y si subsiste la innegable belleza de las palabras es para aniquilar la belleza de la existencia. *Inquieta compañía* se lee, en fin, como un canto de dolor entonado por un narrador rebelde que se cree derrotado por la muerte.

El libro se cierra con dos certidumbres: el alivio de escapar de una pesadilla que acrecienta la densidad del horror capítulo a capítulo; y la inmensidad del narrador mexicano que, pese a su declarado temor de actuar como un creador despótico se deifica mediante el acto de contar de tal modo que cada palabra adquiere la cualidad de lo inexorable. Fuentes se enseñoorea sobre esas tierras movilizadas de la literatura fantástica, en las que lo sobrenatural devora a traición lo cotidiano y la cordura se desangra bajo la acción de una crueldad tan monstruosa que el solo acto de narrarla ya es una proeza literaria. ■■■

